

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

LA UNIÓN SOVIÉTICA Y LA POLÍTICA ALEMANA

Aparte de la reunión del Consejo de Seguridad del 21 de octubre, de la que los medios informativos nacionales han dado amplia referencia y cuya presidencia correspondía por turno a España, es de señalar el discurso pronunciado el mismo día por el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Andrei Gromyko, ante la Asamblea General que celebra el XXV aniversario de la fundación de la O. N. U.

En tanto que la reunión del Consejo de Seguridad tuvo carácter de ejemplo de lo que debiera ser, y no es, la magna organización internacional, o sea, un conjunto de países grandes y pequeños afanados en resolver pacífica y prácticamente los problemas del mundo, el discurso de Gromyko es indicativo de los rumbos reales de la gran política internacional, de la que la U. R. S. S. es uno de los artífices. Ciertamente que, a primera vista, tal discurso es una filípica contra los Estados Unidos. Era lógico. En la Asamblea General es numerosa la clientela segura y virtual de la U. R. S. S. Es preciso nutrirla con los tópicos de la propaganda cotidiana. Ello no impidió que, al día siguiente, Andrei Gromyko se trasladara a Washington en compañía de William Rogers para conversar durante más de dos horas con el presidente Nixon, siendo éste el primer encuentro con un dirigente soviético que celebra el jefe del Ejecutivo norteamericano desde su llegada al poder. Tampoco excluyó la filípica que en algunos párrafos de su discurso Andrei Gromyko se mostrara flexible y hasta conciliador.

Por la importancia que tiene en orden al problema general de Europa y su seguridad, merece destacarse el párrafo relativo a la postura soviética en el problema de Berlín. Es posible que se trate de una flexibilidad y espíritu de conciliación más aparente que real, ya que el margen de maniobra de que dispone la U. R. S. S. en este aspecto de su política exterior es menor que el imaginado. Desde Stalin al presente ha corrido mucha agua bajo los puentes

de Moscú. Está rebasado el esquema político de los países del Este como meras piezas en el tablero soviético. Rumania lo muestra a las claras en su política exterior. De hecho, en lo que atañe a Berlín, a la República Federal y, por vía de consecuencia, a la Conferencia de Seguridad, la U. R. S. S. no puede hacer caso omiso de los demás miembros del Pacto de Varsovia. En primer término, de la República Democrática y de ese hueso duro de roer que es Walter Ulbricht. Conocidas las airadas reacciones de Pankow frente a la pretensión germano-occidental de incluir a Berlín en su área de soberanía, se deduce que, por lo menos de momento, la U. R. S. S. no está en condiciones de actuar exclusivamente por sí y ante sí en esta cuestión. Es decir, que no puede hacer grandes concesiones. Por ello, las reuniones cuatripartitas del 11 de septiembre y 9 de octubre fueron continuación del diálogo de sordos iniciado el pasado marzo, sin que pueda afirmarse que no existe el propósito soviético de llegar a ese «arreglo» al que aludió Gromyko. Aunque Moscú pretenda dar pasos hacia adelante, por necesitarlos, ha de darlos con prudencia.

La palabra «arreglo» es prudente frente a los recelosos del Este. Es táctica de tomar en cuenta el deseo de la U. R. S. S. de lograr la ratificación del tratado germano-soviético firmado el 12 de agosto, pues la amistad entre Moscú y Bonn condiciona la celebración de la Conferencia de Seguridad. Por desgracia, la situación actual del gobierno del canciller Brandt no permite un decidido optimismo en cuanto a esa ratificación. Hace poco, tres diputados han desertado de las filas del partido liberal, sin cuyo apoyo la social-democracia no hubiera alcanzado el poder en octubre de 1969. Entonces Brandt empezó a gobernar con una escueta mayoría de doce votos. Era teórica, pues desde un principio no pudo contar con esos doce votos, actualmente reducidos a seis, lo cual le hace correr el riesgo de tener que gobernar sin mayoría parlamentaria. En tal caso, ¿habrá disolución del Parlamento y nuevas elecciones? El artículo 68 de la Constitución de la República Federal prevé la eventualidad, sin duda, para evitar los embates sufridos por la República de Weimar. De suerte que de no lograr el gobierno el voto de confianza libremente solicitado por el Canciller, éste puede pedir al jefe del Estado la disolución del Parlamento. O no pedirla. Todo indica que en ningún caso el animoso Willy Brandt se arriesgará a la aventura de elecciones anticipadas. El alza de los precios o inflación en lo interior y el galope tendido hacia el Este en lo exterior han hecho perder terreno a la social-democracia. Lo evidencian los resultados de las elecciones parciales celebradas en Alemania Federal. Por tanto, el juego anda actualmente entre los esfuerzos de Bonn y sus aliados para resolver la cues-

ción de Berlín, lo cual facilitaría la ratificación del tratado germano-soviético, y la pretensión de Moscú de lograr esa ratificación sin soltar prenda y sólo buenas palabras destinadas a echarle una mano al canciller Brandt sin suscitar rumores en la República Democrática. La delicada maniobra se justifica por la importancia que tiene para Moscú la amistad y cooperación germano-soviética con relación a la Conferencia de Seguridad europea, de la que los Estados Unidos serán partícipes.

Por ello no hay que conceder demasiado valor a las acusaciones de Gromyko en la O. N. U. y pensar que reflejan la realidad de las relaciones entre Moscú y Washington. No hay que olvidar que aparte de la deseada Conferencia de Seguridad, están a punto de reanudarse en Helsinki las conversaciones del SALT. Su éxito interesa por igual a las dos Superpotencias, a fin de poner coto al gasto demencial que originan los armamentos estratégicos y apartar la amenaza que representan los misiles de cabeza múltiple. De ahí que aunque no se haya facilitado comunicado alguno sobre el encuentro Nixon-Gromyko del 22 de octubre, quepa confiar en que esos contactos lograrán que las conversaciones sobre Berlín den algún resultado. Y como quiera que la seguridad europea y la Conferencia a celebrar con vistas a conseguirla, depende de la buena voluntad de Moscú en la espinosa cuestión de Berlín, es de prever que Moscú va a aplicarse a amansar a Walter Ulbricht que, por cierto, se trasladó la semana pasada a Praga para instar a los dirigentes checos a mantenerse tiesos frente a la República Federal, con la que han iniciado negociaciones bilaterales.

LA VISITA DE GROMYKO A ALEMANIA

Si por un solo instante pudiera creerse que la improvisación cabe en la política internacional soviética, podría calificarse de improvisada la visita que el ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, hizo el 30 de octubre a la República Federal. Pero semejante método es ajeno al sistema imperante en la U. R. S. S., singularmente en el ámbito internacional. De ahí que las conversaciones Scheel-Gromyko en las cercanías de Frankfort fueran, estrictamente, el espectacular remate de una jugada que la U. R. S. S. ha calculado minuciosamente y que ha realizado tomando muy en cuenta a su fiel aliada la República Democrática Alemana. Por lo demás, es una jugada que entona con el espíritu de conciliación de que Gromyko dio señales en su discurso ante la Asamblea general al tratar del problema alemán y de Berlín.

El hecho insólito de que por vez primera desde la Segunda Guerra Mundial un dirigente soviético pisara el suelo federal, quizá ha difuminado un poco la visita que previamente Gromyko había hecho a Pankow para tratar de «problemas concernientes a la consolidación de la seguridad europea y otras cuestiones de interés bilateral», como se dijo oficialmente. Sin embargo, esta visita confirma el hecho de que en Pankow está una de las claves del problema de Berlín y la explicación parcial de esa especie de tozuda sordera que padecen los soviéticos en las conversaciones cuatripartitas. Ello está en contradicción con el evidente deseo—por no decir la necesidad—de la U. R. S. S. de mejorar las relaciones entre el Este y el Oeste de Europa hasta reunirlos en esa Conferencia de Seguridad que constituye uno de los objetivos fundamentales de su actual actividad diplomática.

La firma del tratado germano-soviético del 12 de agosto pareció ser un buen punto de partida para lograr tal objetivo, si bien el aplazamiento de su ratificación, en razón de la falta de garantías para Berlín y de la oposición parlamentaria a la política de apertura al Este de Wylly Brandt, se impuso como un bache en el que amenazaban hundirse la amistad y cooperación acordadas en principio. Sólo una fórmula negociada y aceptada por los Cuatro parecía susceptible de mejorar el estatuto de Berlín y, por consiguiente, de enderezar la comprometida situación hasta conseguir la ratificación del tratado de Moscú y, de paso, consolidar el gobierno de Brandt, cuyo mantenimiento en el poder interesa a Moscú por razones obvias. Pero las conversaciones cuatripartitas tienen para la U. R. S. S. el inconveniente de hacer un tanto caso omiso de esa República Democrática que es uno de sus más fieles aliados y el segundo país industrial del bloque comunista. Además, confieren a los Estados Unidos categoría indiscutible de participe con derecho de decisión. De ahí que la cuestión berlinesa entrañe para la U. R. S. S. la contradicción de que necesita resolverla de alguna forma, puesto que condiciona la ratificación del tratado germano-soviético, y al mismo tiempo no le conviene resolverla en la única forma prevista en 1945, o sea, cuando norteamericanos y soviéticos se vieron ante la alternativa de entrar en conflicto para dominar toda Alemania o bien admitir el hecho de su partición y la cogestión de Berlín, al compartir con Francia y Gran Bretaña. Los veinticinco años transcurridos desde el final de la guerra han modificado sensiblemente los factores que generaron aquella situación y, actualmente, debido a la presión de China Popular, Moscú se ve llevado a hacer aperturas al Oeste, pero un Oeste limitado a Europa, la que pasa por la República Federal aunque con el apéndice de un Berlín cuyo pro-

blema está pendiente de resolución. La U. R. S. S. ha buscado un atajo para llegar a una solución prescindiendo en parte de los Cuatro, mejor dicho, reduciéndolos en lo que cabe a Tres y asociando a la empresa a las dos Alemanias, lo cual da carta de naturaleza a la división del antiguo III Reich. Esta es la gran jugada que Gromyko está realizando de regreso de las Naciones Unidas.

La estancia en la U. R. S. S. del presidente Pompidou, representante de un país que se mueve en el mundo con clara independencia, fue, sin duda, aprovechada por los dirigentes soviéticos para iniciar la jugada destinada a asegurarse en Europa apoyos bilaterales con vistas a esos «arreglos» de Berlín a que aludió Gromyko en la O. N. U. La visita a Londres del dirigente soviético marca la segunda fase de la empresa que culmina tanto en el viaje a Pankow como en la estancia en Frankfort. Ya están, pues, colocadas las piezas para que las dos Alemanias resulten asociadas, tácita o expresamente, llegada la hora de resolver la cuestión de Berlín y, en particular, la de sus accesos en los que Pankow tiene vara alta. Y como quiera que asociarse implica admitir la mutua existencia, se acorta el camino que separa a Bonn del reconocimiento de la República Democrática.

Ciertamente, la U. R. S. S. no pretende con esta astucia derrocar la realidad jurídica de la administración cuatripartita de la antigua capital del Reich, pero sí contraponerle el hecho de que son dos las Alemanias interesadas en la cuestión, aparte de que la visita de Gromyko a la República Federal tiene valor de consagración de la autonomía política de este país. Ello puede mejorar la posición de los liberales en las próximas elecciones de Hesse y Baviera.

Finalmente, no es pura casualidad que, coincidiendo con el viaje de Gromyko, Bonn y Pankow hayan anunciado al mismo tiempo la reanudación de las conversaciones interrumpidas desde la reunión de Kassel del pasado 21 de mayo. Y a la U. R. S. S. corresponde el papel de mediador entre las dos Alemanias que parecían irreconciliables dadas sus respectivas opciones políticas. Es indudable que la U. R. S. S. sacará provecho y prestigio de esta circunstancia, como es indudable que ésta es una de las consecuencias prácticas del acercamiento entre Bonn y Moscú. ¿Cabe deducir que de ello sólo se derivarán bienandanzas para la República Federal y, en general, para Europa? No puede afirmarse ni negarse. En política, lo esencial son los hechos y no las esperanzas.

LA POLÍTICA YUGOSLAVA

El presidente Tito nunca se ha mostrado remiso para emprender viajes por el extranjero. Incluso cabe decir, sin correr graves riesgos de equivocarse, que es el jefe de Estado más viajero del mundo. Con todo, hasta el otoño del presente año, salvo una visita a Noruega en 1965 y otra muy comentada a Gran Bretaña, el presidente Tito no se había encaminado hacia los países occidentales. Había concedido su preferencia a los países del Este, incluyendo entre éstos a la Unión Soviética, a los de Africa y Asia, singularmente a los del llamado Tercer Mundo, y más concretamente a los del abigarrado grupo de los no alineados. Por ello, la visita reciente del jefe del Estado yugoslavo a Bruselas, sede del Mercado Común, a Luxemburgo y, el 11 de octubre, a la República Federal Alemana, preludio de su próximo viaje a La Haya, París y Roma, donde será recibido por Pablo VI, se impone a un tiempo como la confirmación de un estilo político dinámico y una renovación de ese estilo mediante la ampliación del número de interlocutores. Los nuevos interlocutores son, de hecho, los países de un Mercado Común con el que Yugoslavia ha iniciado negociaciones el pasado 10 de diciembre.

¿Supone esta circunstancia una reconsideración básica de la política exterior de no alineación mantenida por Yugoslavia y de la que, muerto el presidente Gamal Abdel Nasser, pasa el presidente Tito a ser el gran y único dirigente? A pesar de las apariencias, no parece prudente llegar a semejante conclusión, porque el neutralismo propugnado por Tito confiere a Yugoslavia un prestigio en el ámbito internacional que, de por sí, no podría ambicionar ese país en vías de desarrollo, no del todo consolidado en su forma actual federativa y que no puede cesar de luchar para no gravitar en torno a Moscú, sin por ello vincularse al mundo occidental. Pero estrictas satisfacciones de prestigio no son suficientes para hacer frente a los graves problemas de orden económico que afectan al país, problemas que curiosamente van resultando ser el talón de Aquiles de los países marxistas, sean éstos de la línea ideológica de Moscú o no, como es el caso de Yugoslavia. Y es evidente que para resolver tales problemas, la aportación de la guardia pretoriana de los no alineados es nula, en tanto que es perentoria la necesidad de hallar remedios para una Yugoslavia aquejada por una creciente inflación y un déficit de su balanza comercial que se acerca a límites peligrosos. Junto a ello hay que consignar que, pese a la emigración de trabajadores, en particular hacia la República Federal, donde

suman unos 250.000, se estima que el paro obrero en el país alcanza el 10 por 100 de la mano de obra. En cuanto a la agricultura, padece una crisis que, por supuesto, no es privativa de Yugoslavia, ya que constituye el máximo problema del floreciente Mercado Común.

Cualquiera que sea la ideología estatal, estos males sólo tienen un remedio: la expansión. Únicamente el mundo occidental, y más concretamente la Europa de los «Seis» está en condiciones de proporcionarlo mediante la inversión de capitales, el suministro de bienes de equipo, de crédito y, eventualmente, de técnicos. El momento actual es óptimo para que el presidente Tito recabe el apoyo occidental, debido al espaldarazo que ha significado la estancia en Belgrado del presidente Nixon, con motivo de su periplo europeo. Tal pregona el viaje a Yugoslavia del presidente del Banco Federal alemán y el del presidente del Banco Mundial, Robert McNamara, que ha hecho declaraciones muy significativas con relación al desarrollo económico yugoslavo y ha apuntado la concesión de un crédito de 52 millones de dólares. Es una cantidad nada desdeñable, que celebrarían recibir muchos países no tan comunistas como el de Tito.

Es indudable que, correspondiendo a estas muestras de interés por la doliente economía yugoslava, el gobierno de Belgrado pulirá fórmulas de acaso dudosa ortodoxia marxista, pero susceptibles de atraer los deseados capitales extranjeros. El país los precisa para que siga funcionando esa máquina económica que, con absoluta indiferencia por la ideología imperante, se atasca de faltarle el alimento de las inversiones. Pero semejantes fórmulas no han de llamar a engaño y suscitar el espejismo de que el socialismo genuino implantado en Yugoslavia sufrirá alteraciones básicas, por lo menos a corto plazo. Tampoco debén suscitar la esperanza de que la política exterior yugoslava registrará un cambio de orientación debido a una apertura al mundo occidental que no tiene otra finalidad que hacer acopio de medios para que el país siga por el camino que se ha trazado.

En fecha no muy lejana, es decir, en agosto de 1969, en un discurso sobre la depuración de la Liga de los comunistas, el propio presidente Tito denunció las influencias occidentales, desvaneciendo así vanas ilusiones a este respecto. «Estamos sumergidos por el Occidente de teorías, conceptos e ideas totalmente negativas 'declaró...'. Se ha dicho recientemente en Occidente que Yugoslavia se encamina poco a poco hacia los regímenes occidentales. Esto es lo que desean nuestros enemigos. Pero se equivocan si creen que Yugoslavia dejará su lealtad al socialismo».

LIUDPRANDO

Pese a la lealtad al socialismo de Yugoslavia y del presidente Tito, de la que no cabe ni se debe dudar, sí puede apuntarse la hipótesis de que, en su día, ese país vigorizado por el capital occidental esté en condiciones de desempeñar un papel de bisagra entre los países del Mercado Común previsto por el Tratado de Roma, que no es exclusivamente el de la Europa de los «Seis» o de los «Siete», y el mundo socialista, un mundo socialista que, edificado sobre los cimientos de un enfoque científico de la economía, teóricamente infalible, se resiente de los fallos de esa economía y registra una expansión en pérdida de velocidad. Lo cual no pretende decir que la paz y la seguridad en Europa, el fin de los bloques antagónicos, la cooperación, el entendimiento y otras metas que persigue el mundo se lograrán dando a la Economía un lugar preferente.

● LA POSICIÓN TURCA

No es de sorprender que la complejidad, las implicaciones y eventuales derivaciones del conflicto árabe-israelí hayan llevado al trastero de la política internacional otro conflicto, actualmente adormecido, pero no resuelto, existente en el Mediterráneo oriental. A finales de 1963 y principios de 1964 revistió caracteres tales de gravedad que se estimó amenazado el dispositivo militar de la O. T. A. N. en esas áreas, debido singularmente a un eventual enfrentamiento armado entre Grecia y Turquía, miembros de la Alianza atlántica. Nos referimos a Chipre que, nuevamente en noviembre de 1967, siendo ya motivo de inquietud y tensión internacional el problema del Cercano Oriente, volvió a atraer la atención y suscitar el peligro de que Grecia y Turquía se enzarzaran en defensa de los derechos e intereses de los 600.000 habitantes de origen griego y turco presentes desde hace siglos en esa isla de sólo 9.200 kilómetros cuadrados. Los griego-chipriotas, o sea las 4/5 partes de la población, sueñan con la *Enosis* o unión con Grecia. Los turco-chipriotas la rechazan airados y piden la *taksim* o partición de un territorio que, como consecuencia de los acuerdos de Zurich y Londres, que culminaron en el tratado de 1960, es nación independiente, Miembro de la O. N. U. y de la Commonwealth, si bien no de la O. T. A. N. En resumen, una muy pequeña nación independiente que parece el constante tirón de sus dos étnias, vuelta la una hacia Grecia, la otra hacia Turquía.

Pero así como no hay enemigo pequeño, tampoco procede desdeñar o reducir ningún problema en política internacional. El caso de Chipre es

aleccionador a este respecto, como lo fuera la cuestión de Dantzig en el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Chipre, mejor dicho, la grave tensión étnica allí registrada gravitó de modo decisivo en la orientación de la política exterior turca que, desde 1952 hasta 1964, se había identificado con la política mundial norteamericana, al extremo de seguir observando celosamente las reglas del juego de la guerra fría cuando sus aliados de la Alianza atlántica ya hacían trampas y buscaban acomodos con la Unión Soviética.

La pretensión de Ankara de efectuar a finales de 1964 un desembarco en Chipre para proteger a su minoría, ello con el apoyo decidido de la opinión turca herida en sus sentimientos nacionales, resultó cortada en seco por la advertencia de Washington de que la O. T. A. N. no aportaría automáticamente su ayuda de provocar esa acción militar una intervención soviética. Ni la U. R. S. S. ni los Estados Unidos tenían nada que ver con Chipre, pero era un terreno propicio para que sus rivalidades multiplicaran las maniobras, sin llegar al enfrentamiento directo, cual sucede actualmente en el Cercano Oriente. Como quiera que en aquel entonces la Unión Soviética apoyaba a los griego-chipriotas, parecía lógico que los Estados Unidos hicieran el contrapeso apoyando a Turquía en un pleito cuya importancia fundamental no reside de hecho en la minoría turca, sino en razones de orden estratégico. Chipre está situada a unos 100 kilómetros de la Anatolia del Sur. Controla tanto el acceso de Turquía al Mediterráneo como el acceso a los puertos de Istanbul e Izmir desde ese mar. Contrariamente a lo esperado, los Estados Unidos, lejos de volcarse a favor de Turquía, centraron sus esfuerzos en atraerse al Presidente Makarios y convencerlo de lo improcedente de un mayor acercamiento a la U. R. S. S. Entonces Turquía se percató de su aislamiento y de la inseguridad de su retaguardia. Sacó conclusiones prácticas y, en octubre de 1964, su ministro de Asuntos Exteriores emprendió viaje a Moscú. No lo hizo en balde. A principios de 1965, el ministro de Asuntos Exteriores soviético declaró al asombrado mundo que su país era contrario a la *Enosis* y favorable a la partición de Chipre. La U. R. S. S. se colocaba al lado de la aislada Turquía, miembro de la O. T. A. N., después de sembrar la confusión con la finta de ayudar al gobierno de Nicosia.

Por su parte, sin dejar de pertenecer a aquella organización, Turquía restablecía con su vecina las relaciones amistosas definidas por los trata-

dos de 1921 y 1925 y enturbiadas por las reivindicaciones territoriales formuladas por los soviéticos a raíz de la guerra, lo cual empujó a Turquía al campo occidental. Al reanudar la amistad con la U. R. S. S., Turquía resolvía en cierto modo el problema esencial de su política exterior, que es no estar a mal con una poderosa vecina con la que tiene 610 kilómetros de fronteras comunes, en tanto que ella detenta la llave de los Dardanelos y el Bósforo, cuya significación es a la vez ofensiva y defensiva para la U. R. S. S. Desde entonces, cabe decir que Turquía está en equilibrio entre dos fuerzas antagónicas, o sea, un poco a merced de cualquier incidencia del forcejeo entre los dos Supergrandes.

El secuestro de un avión soviético que aterrizó en Turquía, después de resultar muerta la azafata y herido el piloto, no es en realidad una incidencia del todo baladí en la delicada situación de ese país en el tablero internacional. La decisión de dejar en libertad a los dos secuestradores y homicidas irritó sobremanera a la U. R. S. S. Tales secuestradores eran judíos. Es un extremo muy de tomar en cuenta cuando el sionismo ha desencadenado una intensa campaña a favor de los judíos soviéticos. Sugiere las presiones de que fue objeto el gobierno Demirel, más pro-norteamericano que el de Ismet İnönü, y explica un comportamiento un tanto sorprendente. Al mismo nivel de sórdidas zancadillas se sitúa la detención del coronel turco que viajaba con dos generales norteamericanos en un avión extraviado en el cielo de la Armenia soviética. El que haya sido devuelto a su país, dice el deseo de la U. R. S. S. de no emponzoñar sus relaciones con Ankara, aun haciendo presente su furor e impotencia en el asunto del avión secuestrado. Pero el paso por los Dardanelos y el Bósforo, única salida desde el mar Negro al Mediterráneo para la flota soviética, está supeditado a la voluntad de Turquía, por ser ésta la nación autorizada por la Convención de Montreux de 1936, a aplicar los acuerdos entonces adoptados con relación a una vía de comunicación cuya importancia estratégica y comercial apenas ha menguado con los misiles y las armas atómicas. Como de otra parte sigue planteado el problema de Chipre, tampoco cabe imaginar que Turquía se apartará del camino político de buena vecindad con la U. R. S. S., iniciado por Ismet İnönü y proseguido por el presidente Demirel. No es un camino nuevo, como se dijo. Lo había trazado Kemal Atatürk, aplicando el dicho turco, según el cual «ser amigo de unos no significa ser enemigo de otros», aunque ello tenga el inconveniente de que

Turquía reciba en ocasiones los contragolpes de los golpes que se asestan su aliado norteamericano y su amiga soviética.

LA «VIETNAMIZACIÓN» Y COREA DEL SUR

El viaje que ha realizado por diversos países del Sur de Asia el vicepresidente de los Estados Unidos, Spiro Agnew, ciertamente no se ha silenciado. Con todo, el eco que ha tenido en los medios informativos no ha guardado relación, por lo atenuado, con la importancia de una gira cuyo objetivo era considerar las posibilidades de próxima aplicación total de la tan aireada doctrina Nixon de «vietnamización», que realmente debiera llamarse de «asiatización». En efecto, la Administración republicana no persigue estrictamente el repliegue de las fuerzas norteamericanas de un Vietnam del Sur, puesto en condiciones de defenderse por sí sólo. Tiende a realizar la misma operación en todos los países asiáticos con los que tiene, bien acuerdos bilaterales, bien acuerdos multilaterales en el marco de la S. E. A. T. O., siempre y cuando que tales países tengan la capacidad bélica requerida para resistir la presión comunista, además de la voluntad de resistirla.

Esta amplia maniobra de retirada no habría de significar que la presencia norteamericana se desvanecería de esas áreas. Por el contrario, el incremento de los intercambios comerciales y culturales es una de las preocupaciones de Washington, que viene considerando la cuestión regionalmente, es decir, partiendo del supuesto de una agrupación de países asiáticos decididos, de otra parte, a establecer un pacto de seguridad colectiva. La creación de la Asociación de Naciones del Sureste de Asia, a raíz de constituirse el Consejo de Asia y del Pacífico o A. S. P. A. C., en 1968, dicen a las claras a qué blancos apunta la política norteamericana en esa región. Pero si «del dicho al hecho va mucho trecho», mayor es el trecho entre los textos jurídicos y la posibilidad de que coincidan con la realidad. Sin caer en pesimismo, todo indica que el viaje del vicepresidente Agnew se ha saldado con la evidencia de que en el Sur de Asia existen situaciones cuya compleja fluidez se hurta a la sencillez pragmática de la fórmula de Nixon para liberar a los Estados Unidos de la pesada carga que supone

mantener en tensa vela anticomunista a una serie de países un tanto inclinados a contar con el esfuerzo de su protector.

Allí donde más inesperadamente se ha puesto de manifiesto la desgana por asumir la lucha contra el comunismo sin el respaldo efectivo y militar de los Estados Unidos, ha sido en Corea del Sur, no obstante ser este país de Asia el que dispone de mayor, mejor y más moderno ejército después de China Popular y Vietnam del Sur, un ejército cuyos efectivos no son inferiores a los 600.000 hombres, y algunas de cuyas unidades están equipadas con misiles Nike-Hércules y Hawk. Esta superioridad militar permitió al gobierno de Seul prestar ayuda a Saigón desde 1965, calculándose que actualmente unos 50.000 soldados surcoreanos combaten en Vietnam del Sur o defienden zonas de singular importancia estratégica. De otra parte, a pesar de las peripecias internas registradas en Corea del Sur, entre ellas el golpe de Estado de mayo de 1961 contra Syngman Rhee, sustituido por una Junta militar que, dos años más tarde, restablecía el régimen presidencial bajo la jefatura del general Park Chun Hee, el gobierno de Seul se ha mantenido firme en la línea de un anticomunismo sin concesiones. De ahí la actividad que despliegan en las reuniones internacionales los representantes surcoreanos para conseguir una estrecha colaboración militar con otros países asiáticos, ello en el marco de un pacto de seguridad colectiva.

En este punto, las preocupaciones de Seul coinciden con las de Washington, más no así con las de otros países recelosos de que semejante pacto acelere la retirada norteamericana y los deje encajonados en un sistema de defensa que coarte su libertad de movimientos, en particular en el orden comercial. La decisión de Filipinas de iniciar una apertura para comerciar con los países del Este de Europa es síntoma significativo de la resistencia de ciertos gobiernos del Sur de Asia a pasar por el aro de los esquemas políticos, militares y económicos pensados en Washington. Y esa resistencia se ha enmascarado con peticiones de ayuda norteamericana, a todas luces poco aceptables por una Administración que precisamente trata de aligerar el fardo financiero que supone mantener en línea de largo combate anticomunista al Sur de Asia, sin que por ello el Sur de Asia renuncie al combate. Este es el objetivo perseguido por la «vietnamización», ampliada a toda esa área, pues todo indica que la paz no florecerá tan pronto como se retiren los norteamericanos, aunque tal pregonen los comunistas.

Corea del Sur no se ha quedado atrás a la hora de pedir ayuda para

ponerse en condiciones óptimas de defenderse de un eventual ataque del Norte. Por ser la ayuda solicitada más cuantiosa que el gasto que originan las fuerzas norteamericanas estacionadas en ese país desde 1950 en virtud de un primer tratado de defensa norteamericano-coreano, seguido de un nuevo acuerdo defensivo firmado a raíz del armisticio de Panmunjón, es de suponer que la situación quedará incambiada, o sea, que no va por buen camino la promesa de Nixon de alejar a los Estados Unidos del avispero asiático, empezando por Vietnam del Sur, en donde se prosigue la lucha actualmente ampliada a toda la antigua Indochina. Y aunque en Corea del Sur la tensión se limite a escaramuzas en las líneas de demarcación, seguirán allí los soldados norteamericanos amparados, por cierto, en la bandera de la O. N. U., debido a la decisión de intervenir adoptada por el Consejo de Seguridad en junio de 1950, con motivo de la agresión del Norte. Pero más allá de las vacilaciones que suscita en el gobierno de Seul la perspectiva de vérselas militarmente a sólas con su peligroso vecino que, cambiando de método, acaba de proponer que el Norte y el Sur creen una Confederación y establezcan relaciones comerciales y culturales con vistas a la «reunificación» patria, está la realidad de que Corea del Sur, como los demás países de esa región, carece un tanto de esa auténtica fortaleza interior que hace innecesario un apuntalamiento foráneo. Tal sugieren las tensiones que se registran en el parlamento surcoreano, la rígida disciplina impuesta al país y las sucesivas revueltas estudiantiles, una de las cuales provocó la dimisión de Syngman Rhee en 1960. Ello explica la prudencia del gobierno del general Park—y la de otros gobiernos—para prescindir alegrementemente de la presencia militar de los Estados Unidos en sus territorios.

JAPÓN Y CHINA

El pasado 20 de octubre, Japón publicó un Libro blanco sobre la Defensa. El 1 de noviembre, China Popular propuso la convocatoria de una conferencia mundial que reuniera a los países grandes y pequeños a fin de negociar un pacto de no recurso a la fuerza y acordar la limitación de los armamentos nucleares. Además, hizo saber que no emplearía nunca la primera semejantes armas. Ambas noticias, que a primera vista sólo casualmente tienen relación entre sí, resultaron diluidas en el torrente de infor-

maciones facilitadas por los problemas que de forma directa e inmediata afectan al mundo no asiático, en particular, la nueva tensión soviético-norteamericana, las relaciones de la República Federal con el Este, las conversaciones cuatripartitas sobre Berlín y, por supuesto, el conflicto del Cercano Oriente. Y apenas si se mencionó ese Libro blanco, que da a conocer el propósito del gobierno japonés de rearmar a su país y dotar al ejército de «ciertas pequeñas armas nucleares». En cuanto a la Conferencia mundial propuesta por Pekín, acaso por haber sido propuestas otras similares a raíz de cada explosión atómica china, tuvo escasísima resonancia. Pareció ser solamente una prueba más del empeño de China Popular por meter baza en los asuntos mundiales, conforme a una estrategia diplomática, que desde hace unos meses aplica con mayor actividad. Y los focos de la información volvieron a centrarse con insistencia en las grandes figuras políticas del escenario internacional.

Pero la conveniencia o arbitrariedad informativa no logran alterar la importancia objetiva de hechos y problemas que se imponen cuando se consideran al trasluz el Libro blanco sobre la defensa y la propuesta Conferencia de Pekín. En efecto, trátase de una parte del futuro del Japón en el contexto internacional, con las repercusiones internas que ello puede provocar, de su decisión de rearme y adopción de armas nucleares y, finalmente, de sus relaciones con China Popular, hasta el presente dominadas por «el principio de la separación de los problemas políticos y los problemas económicos», como declaró en tiempos el primer ministro Eisaku Sato. Porque entre las diversas situaciones anómalas, paradójicas o disparatadas que se dan en esta postguerra, ocupa destacado lugar la de las relaciones entre Japón y China Popular, que a la vez existen y no existen.

El primero es un país de alto nivel industrial y técnico, pero carente de materias primas y obligado a buscar mercados; el segundo, tiene una población de 800 millones, es rico en materias primas, pero necesitado de ayuda económica y técnica. Son, pues, complementarios. Las barreras ideológicas acaso no fueran obstáculo para el acercamiento de esos vecinos asiáticos cuyos múltiples contactos son milenarios, puesto que se iniciaron en el siglo III a. de C. Esta realidad de peso ha permitido a Japón soslayar las dificultades derivadas de la larga tutela de su vencedor norteamericano y entrar en tratos con China Popular hasta ocupar el primer puesto en los intercambios de ese país con el exterior, singularmente en su importación

de textiles y productos químicos. Y como quiera que la preocupación económica predomina en los conservadores, han sido los grandes industriales y comerciantes japoneses quienes más han contribuido al desarrollo del comercio con su vecina comunista.

Los políticos se les han quedado a la zaga en materia de relaciones diplomáticas. Bajo la presión de Washington, en 1952 Tokio firmó con el gobierno de Chang Kai-Shek un tratado por el que lo reconocía como único gobierno de China. El pacto de seguridad firmado por diez años con los Estados Unidos en 1960, renovado y enmendado recientemente, pero sin que los Estados Unidos retiren sus bases del territorio japonés, obligaba ya en cierto modo al país del Sol Naciente a alinear su política con la de su aliado. De ahí la imposibilidad de reconocer a la clienta china. Era una política de abstención y ambigüedad. La publicación del Libro blanco pone término a la misma y muestra que los dirigentes japoneses, en la actual coyuntura internacional, optan por ser factor activo de la política norteamericana en el Pacífico y Asia. Es llevar hasta consecuencias políticas y militares los supuestos del desarrollo económico de la conferencia ministerial de los países anticomunistas de Asia y el Pacífico, celebrada en Seul en junio de 1967. Entonces Pekín puso el grito en el cielo y denunció el «complot» norteamericano de cerco y el resurgir del militarismo japonés..., pero no redujo sus transacciones con el país vecino. Aparte de que los imperativos de la necesidad son ineludibles—y China Popular necesita a Japón en lo económico y viceversa—, tal vez abrigaba Pekín la esperanza de que al socaire de relaciones comerciales de creciente importancia podría ir desprendiendo a Japón de la órbita norteamericana y modificar su orientación política, primero, ideológica, más tarde. Entonces hubiera llegado la hora de que Japón participara en ese pacto de seguridad y amistad de los países de Asia—y eventualmente de otros continentes—, del que China Popular sería el centro. Por lo menos en lo inmediato, el Libro blanco pone trabas a tales esperanzas, mejor dicho, a tales cálculos. Y también a la ilusión de China Popular de detentar en Asia el monopolio atómico.

Aprovechando la presencia en Pekín de una delegación socialista japonesa, Mao Tse-tung ha dado la réplica al gobierno de Tokio. Lejos de seguirlo en el camino bélico, ha propugnado el entendimiento entre los pueblos y la eliminación de los peligros nucleares. Su llamamiento, singularmente en su aspecto antiatómico, tiende a impresionar a la opinión pú-

LIUDPRANDO

blica japonesa, pronta a reaccionar ante esta cuestión, aparte de que para soliviantar a la población japonesa, China Popular no se da punto de reposo. Tal proclama los innumerables alborotos registrados en Japón. Tampoco dejará de captar la atención de los países recién llegados a la independencia esa invitación a que sean parte de un vasto plan de paz en el que China apunta a la dirección. Finalmente, en vísperas de la reanudación en Helsinki de las conversaciones del SALT, China Popular ha jugado una vez más la carta del desarme nuclear, recordando así a los dos Supergrandes, que no pueden presentarse ante el mundo como únicos artífices de la paz y únicos capaces de salvar a la humanidad de una catástrofe nuclear merced a sus cabildeos.

LIUDPRANDO